

LA RELIGION AL REVES

JOSE GRAU

Si tuviéramos que definir el mensaje de Jesucristo en pocas palabras, diríamos que se trata, básicamente, de la religión al revés.

La religión —todas las religiones: orientales, occidentales, meridionales o septentrionales, da lo mismo— plantea y ofrece la respuesta a una serie de cuestiones que Jesucristo propone y contesta de manera radicalmente distinta:

Allí donde la religión pregunta: «¿Cómo descubrir a Dios?», Cristo responde que él es la palabra del Padre y la imagen misma de Dios, puesto que el que lo ha visto a él, ha visto al Padre (Juan 14: 8-9; Hebreos 1: 1-3) y el que escucha su Palabra tiene vida eterna (Juan 5: 24). ¿Cómo, pues, descubrir a Dios? De ninguna manera, puesto que es Dios mismo en Jesucristo quien se descubre a nosotros en un proceso de autorrevelación que culmina en la cruz del Calvario y en el Domingo de Resurrección.

¿Existe Dios? Inquiere la religión. Y Jesús más bien nos lleva a preguntarnos: «¿Ha hablado Dios? Sí, Dios ha hablado. Y el Dios que ha hablado existe, existe ahí y su Palabra se halla cerca de ti (Ro. 10: 8).

¿Qué esfuerzo hemos de hacer para alcanzar a Dios? Tal es la cuestión de religiosos, filósofos y gente común, sencilla, pero preocupada por los grandes problemas de la existencia. ¿Qué tenemos que hacer para lograr el acceso y el favor de Dios? Y Jesús responde: «Esta es la obra que tenéis que hacer: creer en mí, el enviado del Padre». ¿Cómo lograr la salvación? Más bien decidió: ¿Cómo conseguir la salvación que Jesucristo ya nos logró en la cruz? Porque Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo mismo, no imputándole sus pecados; he ahí el profundo significado de los eventos de la semana de pasión. Verdaderamente, ¡la religión al revés!

Esto hace que si bien sea posible practicar cualquier religión sin saber nada de su fundador (se puede ser budista sin tener la más ligera idea de Buda, mahometano sin saber mucho de Mahoma, etcétera), pero resulta del todo imposible ser cristiano de veras (cristiano de Cristo) sin conocer a Jesús, con un conocimiento no sólo intelectual, sino existencial.

Y es que Cristo no sólo revela al Padre, sino que ilumina igualmente nuestra condición. Nos hace ver lo que fuimos en los propósitos de Dios y lo que somos por causa de nuestra torpeza y engreimiento; nos dice sin ambages lo que somos y también lo que podemos llegar a ser.

El mensaje de Jesucristo no sólo responde a la cuestión: ¿Quién es Dios?, sino también a esta otra: ¿Quién es el hombre? A la luz de lo que él es, nos damos cuenta de lo que somos nosotros y de cuáles son nuestras más profundas necesidades: necesitamos reconciliación (reconciliación con Dios, con el prójimo y con nosotros mismos), necesitamos vida (plenitud de ella y significado que la oriente y la sustente) y necesitamos paz.

¿Qué maravilloso el mensaje de Jesucristo (la «buena nueva» que nos ofrece perdón, vida y paz)! Ha hecho suyo lo nuestro —todas nuestras rebeliones y frustraciones— para que nosotros hagamos nuestro todo lo suyo, «porque no hay diferencia, pues El mismo, que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan» (Ro 10: 12). En la cruz se encuentran y se abrazan la miseria del hombre y el amor de Dios. Allí veo lo que Dios quiere ser por mí y lo que desea que yo llegue a ser por El.

La cruz tiene que ver conmigo, y contigo, querido lector; allí se ventila nuestro destino. Según lo que hagamos con lo que Dios hizo por nosotros en el Calvario, así será nuestro futuro, así será nuestra existencia ahora y eternamente. ¿Qué vas a responder tú? El Señor —dice la Escritura— extiende sus manos de amor a un pueblo rebelde y contradictor (Ro 10: 21). ¿Qué harás? La buena nueva de Jesucristo no te invita simplemente a que creas que el Evangelio es verdad. Te pide esto, pero también mucho más: una confianza personal plena en Jesús como Salvador y Señor: «Todo aquel que en él creyere no será avergonzado, porque todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo» (Ro 10: 11-13). Se trata de una decisión existencial, una vivencia que nos compromete con el Cristo vivo del que habla la Biblia y quien sigue hablándonos por su Espíritu y por la Biblia: «Cerca de ti está la Palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que proclamamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor y creyeres en tu corazón que Dios lo levantó de los muertos, serás salvo».

Si, la «buena nueva» del Evangelio equivale a la religión al revés. Pone de patas arriba todas nuestras falsas seguridades meramente religiosas, o simplemente humanas, y produce una revolución en nuestra vida. La religión al revés, pero para poner derecho al hombre, dándole una nueva vida, una canción nueva y un nuevo corazón.

Cerca de ti está la Palabra... ¿Qué responderás tú?

Si podemos ayudarte a tomar una decisión, escríbenos, y con mucho gusto te atenderemos. También si deseas un libro que trate más ampliamente el tema de este artículo, podemos enviarte gratuitamente el libro «BUENAS NOTICIAS» y un sencillo «curso bíblico» por correspondencia. Escribe a Evangelismo en Acción, apartado 5.496, Barcelona.



KANDINSKY

HA sido un bello gesto, el de Juana Mordó, conmemorar los diez años de vida activa en su galería con una exposición que revestía caracteres extraordinarios por el solo enunciado de su nombre: Kandinsky. No era una exposición presentativa —aunque dudo que haya habido nunca una exposición con ese nombre en España—; no era una exposición, como cualquiera otra de una galería de arte, destinada a la venta; era una exposición que pretendía señalar una fecha jubilar con un nombre glorioso.

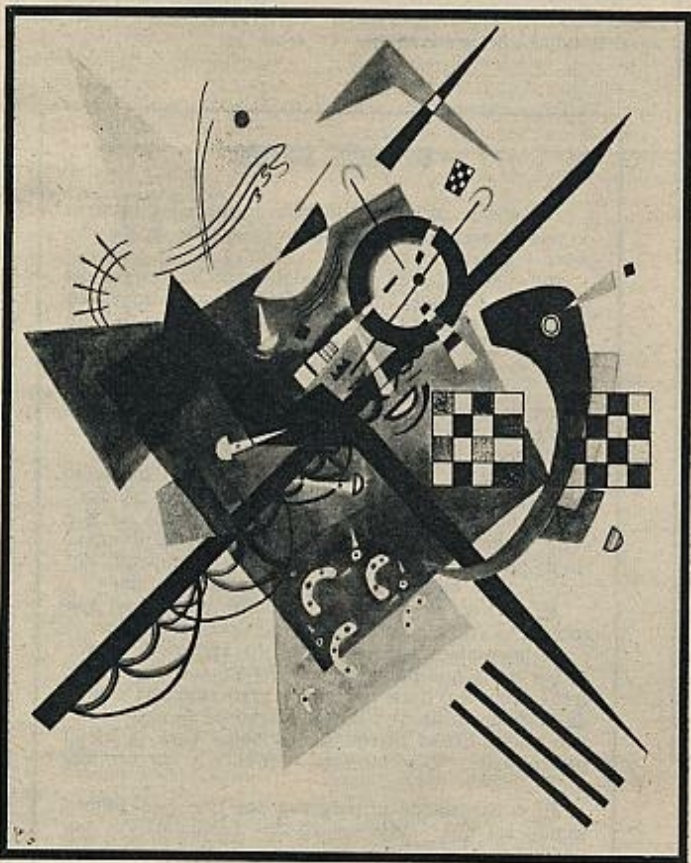
Kandinsky es uno de los tres o cuatro nombres indiscutibles de la historia del arte contemporáneo, juntamente con el de Picasso, el de Miró, el de Matisse... Presentarlo es, casi, una tentativa ridícula. Pero debe hacerse, porque, si no me equivoco, esta es la primera vez que se presenta una exposición conjunta de su obra, si no en España, en Madrid. ¿Y qué es lo que me cabe decir a mí de Kandinsky al cabo de los tiempos, al cabo de ser conocido por todos y de tener en cuenta su obra como un lugar común de la pintura de todos?

Se me figura que lo que me toca a mí hacer aquí no es en modo alguno descubrir, si posible fuera, un aspecto inédito de Kandinsky, sino tratar de redundar en sus aspectos y sus descubrimientos ya conocidos, a su mayor gloria. ¿Y cuál es su descu-

brimiento máximo y, por tanto, su máxima gloria?

Está en los manuales más elementales. Lo dicen los libros más grandes y los más pequeños de iniciación al arte contemporáneo: el descubrimiento del arte abstracto. Antes de Kandinsky, todo el arte era representativo: era la traslación de una realidad visual convenientemente interpretada desde el punto de vista de la pintura; después de Kandinsky, de su momento más significativo, el arte quedó facultado para producirse con entera libertad, usando, o no, del vehículo representativo para producirse.

El hecho parece que se produjo hacia 1910. Se cuenta que Kandinsky divagaba con sus pinceles de acuarela sobre un papel blanco, sin tener un tema específico que pintar ese día, experimentaba, aglutinaba líneas y colores según un orden caprichoso y, de pronto, se dio cuenta de que aquello que había ido pintando displicentemente tenía un orden que, si bien no tenía nada que ver con una representación, ni mucho menos con una idea previa, tenía por lo menos la lógica de su propia aglutinación: tenía «su orden». Lo difícil no es haber llegado a eso a que él llegó con su acuarela más o menos gratuita: lo difícil es haber llegado a la reflexión posterior a que llegó él. Meditando sobre una acuarela que no parecía conducir a ninguna parte, pero que, sin embargo, parecía



tener su propia lógica compositiva y estética, Kandinsky decidió legalizar a esa acuarela salida de un azar caprichoso, fundándose sólo —solamente en ello— en sus valores abstractos. Y todavía más. Si su experiencia hubiese terminado solamente ahí, en el resultado caprichoso de un azar caprichoso, el fenómeno de Kandinsky no hubiera tenido la menor

trascendencia. Pero es que, a partir de entonces, Kandinsky quiso hacerse responsable de su propia experiencia, continuando la investigación que el azar le proporcionó. Se dedicó entonces a hacer «pintura abstracta» con toda premeditación, con toda alevosía. Ya, aquello que iba produciendo no podía ser producto de un azar: podía ser, en todo caso, un ca-

pricho de lunático, pero tampoco... La revolución estaba hecha.

De vez en cuando, sale por ahí un tratadista que habla de otra anterior experiencia «abstracta». Alguna vez se habla de Kupka, otras veces se habla del propio Picabia... Es lo mismo. Para conceder una paternidad que no fuese la del propio Kandinsky no bastaba haber llegado, más o menos por el azar, a la elaboración de la primera obra «abstracta»: había, también, que haberse hecho responsable del propio primer descubrimiento, había que haberlo sistematizado y racionalizado, como lo hizo Kandinsky. Kandinsky, incluso, se creyó en la obligación de sistematizar en un libro sus propias experiencias en tal sentido: «De lo espiritual en el arte». Se podrá discutir, pero no se le puede discutir la hora temprana de su preocupación.

Otra cosa podría ser la consideración sobre el grado de madurez y cercanía a que, en la época de Kandinsky, había llegado la pintura en su proclividad al arte abstracto. Efectivamente, del cubismo sintético, por ejemplo, a la abstracción, faltaba muy poco. Y no sólo del cubismo sintético: de cierto expresionismo, de cierta pintura «fauve»... Pero faltaba dar ese paso conceptual que le estaba reservado a Kandinsky. He dicho «paso conceptual» porque, efectivamente, hubo otros pasos previos que, sin duda, fueron estrictamente necesarios para lo suyo, pero que no fueron lo suyo. ¡Aquella revolución de Pi-

casso, por ejemplo! Sin todo lo de Picasso y sus seguidores, Kandinsky probablemente no hubiera sido posible... Pero, ¿qué fue lo que hizo Picasso? Picasso hizo posible, para el arte, la libertad. Tras la libertad picassiana, pero sólo con ella como base previa, Kandinsky puso en ejercicio la abstracción. Esto último estaba condicionado a lo primero.

A esa exposición de Kandinsky, uno que no esté muy habituado al enfrentamiento con la obra de arte puede verla muy constreñida a un juego de formas muy específicamente suyas. Es natural, cada hombre tiene su propio estilo inalienable. Por lo demás, Kandinsky estaba solo. Su experiencia era única y no podía vivir más que de las formas que le proporcionaba esa misma experiencia. Además, él estaba en una tentativa nueva, verdaderamente nueva en la historia del arte. Había descubierto, estaba descubriendo, la facultad de pintar al margen de la temática. ¿Cuál era el problema que Kandinsky se formulaba en aquellos días? No era el problema de la afirmación, sino el de la negación. No le interesaba tanto afirmar la realidad no representada que tenía que sustituir a la que iba a negar, cuanto la negación específica de esta última. Sus cuadros parece que tienden más a querernos demostrar cómo él organiza las formas, los colores y hasta los volúmenes según un cierto orden... como en la conocida fórmula de Maurice Denis.

De todas maneras, sea como sea, sus cuadros tienen para todos los que los contemplamos, la emoción del primer descubrimiento, aunque tengan ya más de medio siglo. Kandinsky nació en Moscú en 1866. Murió en Neuilly-sur-Seine en 1944.

Ha sido un acierto el de la galería Juana Mordó el traernos esta exposición jubilar, con motivo de los diez años de su vida como galería. Felicitémosla, por la exposición y por esos diez años de vida. Felicitémosnos también nosotros. La galería Juana Mordó es una institución que a todos nos pertenece un poco. Cuando vamos allí, vamos un poco a nuestra casa. Cuando estamos con Juana, estamos con la parienta que nos une a todos. Pues regentar, como lo hace ella, una galería de arte, es un poco llevar las riendas de una gran familia. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.